

DE ÁRBOLES Y HÉROES

Nunca imaginé que en este oficio acabaría provocando incendios. Y sin embargo la orden de mi Técnico estaba muy clara: quería que fuera yo quien prendiese el contrafuego para adquirir la experiencia que tanto necesitaba. Algún día obtendría el título y dirigiría brigadas como él, me explicaba, y todo lo que hubiera realizado por mi propia mano antes era algo que no me enseñarían en ningún curso.

No quería que me tomaran por un desagradecido; Luis Durán era un magnífico Técnico. Se había portado como un padre conmigo en esa campaña de salidas excesivas, la primera de mi vida, y todos sabían de mi admiración por él. Pero malditas eran las ganas que tenía yo de incendiar mis tierras.

Hacía mucho calor para lo avanzado del mes. Por las noches ya refrescaba algo y al menos se dormía, pero a media mañana y a pleno sol, con el equipo completo y al lado de las llamas parecía que te abofeteara lo más intenso del verano. Ya no encontrábamos agua en ningún arroyo; los helicópteros descargaban una mezcla de cieno gelatinoso que apestaba al desgraciado que le caía encima, y por eso huíamos cuando escuchábamos los motores, si es que aparecían. Qué distinto de aquellas veces que corrimos bajo la panza del *Halcón* para que nos lloviese la descarga.

Esa tarde, como tantas veces, algún mando nos quitó el helicóptero en cuanto saltamos de él y lo requisó para su zona de actuación. Y como tantas otras, apagábamos las consecuencias de un descuido; otro arrogante más que decidió que la ausencia de lluvias no era impedimento para la quema de despojos en su parcela como había hecho cada septiembre. Siempre es lo mismo: a veces lo hacen para la recogida de castaña, o para caza, para pastos o barbacoas. Todo se resume a un valiente con un mechero. La única diferencia es que aquella tarde aquel hijo de puta había prendido en un lugar concreto, y lo que entonces se quemaban eran los montes donde yo jugaba de pequeño. Eso dolía. Cada árbol en llamas era una parte de mi infancia que se olvidaba.

El *Abuelo* estaba a mi lado. Era el más veterano de mis compañeros, el más sensato, un referente si buscabas consejo. Me observaba desde hacía un rato y sabía por mis titubeos

que algo sucedía. Se acercó a mí y preguntó como un padre. Yo le indiqué con la cabeza un enorme árbol que sobresalía de los demás en la zona que el Técnico había destinado al sacrificio.

- Ese de ahí es *El Roble de los Cotos* –expliqué-. La Junta lo catalogó como árbol singular hace unos años. Yo jugaba de pequeño en él con mis hermanos.

Al *Abuelo* le bastó mi expresión y un vistazo al mechero que asomaba en mi puño para entender que no lo estaba pasando nada bien. Pareció que dudaba sobre si inmiscuirse en asuntos ajenos, pues al fin y al cabo todos somos hombres, y orgullosos. Sin embargo se vio interrumpido por la aparición precipitada de Durán, que volvía jadeante de estudiar lo que se nos venía encima. El Técnico comenzó sus explicaciones aún sin resuello con esa excesiva precisión que le caracterizaba. Siempre que se refería a conceptos técnicos nos trataba de forma condescendiente:

- Aún nos queda tiempo hasta que llegue. Quiero el contrafuego sin riesgos; despacio. El incendio avanza contra viento y pendiente, pero con la sequía viene con fuerza y antorcha en las copas de los robles como si fuesen pinos –entonces aumentó su seriedad para que yo le prestase toda mi atención- El que prende el contrafuego es el que debe marcar el ritmo de la brigada para que no se nos salte por la espalda. No tenemos prisa; apóyate en el camino y asegúrate de que podemos con las llamas que provocas. ¿Alguna pregunta?

Sentí que no tenía escapatoria.

- ¿Tenemos que prenderlo justo aquí? –dije.

Durán se quedó descolocado. Seguro que esa no era la clase de dudas que esperaba de mí. El resto de la brigada se había acercado al ver que tardábamos y ya nos rodeaban en espera de instrucciones. Mi Técnico dejó de lado la urgencia y nos mostró su famosa paciencia una vez más.

- ¿Qué ocurre, Rubén?

Pero yo me quedé callado. Para entonces el *Abuelo* había perdido todos sus reparos y se autonombraba mi protector. Era él quien contestaba.

- Si prendemos aquí quemaremos el roble ese que asoma. Es un árbol singular, y lo menos tiene 300 años. Es una pena que arda.

- Sí, Cecilio, una lástima. Pero desde aquí aseguramos todo el frente que amenaza San Juan sin demasiados riesgos. Hazte a la idea de que tendremos que pasar sin el *Halcón* lo que resta de tarde, y a los demás medios aéreos los desviarán hacia su posición. Sin agua, sin camiones ni apoyo de ningún tipo yo no me la juego por un roble centenario.

Las razones estaban dadas y todo parecía zanjado, pero entonces *el Abuelo* hizo algo que sorprendió a todos porque contradecía el respeto supersticioso que mostraba a la gente con estudios, y que a mí me demostró un afecto más sincero de lo que pensaba: con una mano tomó del brazo a Durán y se enfrentó a él con aire de serena advertencia:

- El muchacho se crió aquí –confesó con importancia- Estas son sus tierras. ¿No valdrá lo mismo si prendemos en otro lado? No sé, ¿y si salvamos al menos esta ladera? Es lo justo.

Fue una jugada sucia. Todos conocían el punto débil de Durán: toda su experiencia se desvanecía si alguno de sus hombres le necesitaba. Era demasiado blando. Se le ponía en un aprieto con facilidad si le pedías un favor personal, y no abusábamos de ello simplemente porque se portaba bien con nosotros. A mí me dolía que pasase por ese apuro, pero se trataba del *Roble de los Cotos*, y mi infancia pesaba más.

Luis Durán rehizo su papel lo mejor que pudo y trató de que su voz sonase firme. Para entonces ya había caído en la trampa.

- He visto un cauce seco más abajo que quizá valga. Está sucio. Si queremos que nos sirva de apoyo nos costará un rato de esfuerzo.

Nadie dijo nada. La decisión era suya y las consecuencias también. Sin embargo eso sentó un precedente en la autoridad de Durán que a ninguno agradó. Yo agaché la mirada avergonzado dispuesto a compensar mi falta a fuerza de azada. Los muchachos fueron lo bastante generosos como para cualquier tipo de reproches. Todos excepto *Nano*, que me miró con furia; pero al fin y al cabo a *Nano* no le gusta el trabajo, eso lo saben todos, y escupe quejas siempre que tiene oportunidad.

- Novato, cada vez que hablas sube el pan –me susurró.

El arroyo estaba plagado de zarzas. *Gitano* se había puesto al frente con la motosierra y para él no existía nada más en el mundo; sólo se escuchaba su monótona aceleración. Tras él iba *el Abuelo* apartando broza. *El Toro*, esa bestia callada que llamamos compañero sacaba chispas de la azada como tenía costumbre, y después íbamos

Lucas, *Nano*, *Edu* y yo. A pesar de que las llamas todavía quedaban lejos la radiación se notaba cada vez que coronaban una copa. El árbol se transformaba en cerilla, gemía entre crujidos, y de él se elevaban pavesas como fumarolas. Había que esconder la vista entonces, porque el golpe de calor se incrustaba en la cara y engañaba las protecciones del traje desde la distancia. Entonces alguno escupía, se sonaba, soltaba mocos negros de tierra. Y vuelta al trabajo. Por suerte el viento iba en contra y nos libraba del humo, lo más molesto del oficio.

Habían pasado casi cuatro horas desde que nos incorporamos los primeros al incendio, y como de costumbre, nadie del dispositivo se preocupó por el avituallamiento de agua y comida. Nos dicen que una persona debe consumir dos litros de agua al día como media, que en verano la cantidad aumenta, y que en trabajos de esfuerzo prolongado expuestos a radiación se dobla fácilmente. Sin embargo nos la racionan. En nuestra profesión nos olvidan a nuestra suerte. He visto a compañeros desmayados por la deshidratación tras horas de trabajo inútil. Cuidado con la diarrea, te avisan, porque caerás el primero. En tales condiciones habíamos aprendido a estirar las cantimploras lo mejor que podíamos. El Técnico nos aliviaba a menudo con la reserva que cargaba sólo para nosotros y que nos obligaba a beber como una madre. Aunque él nunca seguía sus propios consejos; siempre negaba el sorbo que le ofrecías y repetía el mismo chiste gastado de: *gracias, yo lo estoy dejando*.

Aquella tarde Durán recorría nervioso nuestra línea de defensa sin ánimo de bromas. Sabía que en esa umbría en el momento en que la sombra cubriese la ladera el viento cambiaría de dirección para volverse descendente. Eso arrastraría el incendio hacia nosotros, y para entonces debíamos tener asegurado nuestro modesto cortafuegos si queríamos que el plan funcionase. Era un sitio feo, demasiado para su tranquilidad. Entre aquellos paseos repetía una y otra vez a través de la emisora la misma solicitud de ayuda para el *Halcón* sin resultado. A veces conseguía respuesta; una tímida disculpa con acento polaco que explicaba su deseo imposible de apoyarnos. Y Durán maldecía y miraba preocupado la sombra que se alargaba hacia nosotros.

Media hora después ni siquiera veíamos el inicio de nuestra línea. El Técnico quemaba con habilidad muy por detrás desde el punto de anclaje para que la franja se ensanchara. Lucas vigilaba nuestra retaguardia junto a él; se había mareado por la escasez

de agua, y se le relegó a un puesto más liviano. Por aquel entonces el ruido de la motosierra ya no apagaba tanto los chasquidos del incendio, que reverberaban confiados a la espalda. *Toro* había relevado al *Gitano* a la cabeza hacía rato y el ritmo de avance casi se había duplicado. No le veíamos, pero le imaginábamos manejando la máquina como si le fuera la paga en ello. Sin embargo en un momento dado la espada se le trabó en un árbol y pidió un hacha para liberarla a golpes.

Durán se acercó a nosotros y observó inquieto los remolinos de fuego que se formaban a lo largo del frente. En silencio leyó las señales: el comportamiento era extraño y caprichoso; a veces las llamas se estiraban, otras casi desaparecían. El zumbido del incendio ya era notable, y en el aire se agrupaba una marea de humo espeso y pavesas excitadas que certificaban todos sus temores.

El viento cambiaba.

Un racimo de hojarasca encendido se elevó en círculos por encima de nosotros hasta que se posó con arrogancia del otro lado de la línea. Nos quedamos embobados con su vuelo. Prendieron, y no hicimos nada. Si quedaba alguna resistencia en la mente del Técnico a abandonar todo el trabajo de la tarde por duro que resultase se desvaneció a la par que las nuevas llamas se inflamaban.

- Nos vamos de aquí –ladro tajante- Corred por la propia línea hasta que lleguéis a la zona de seguridad que os indiqué.

Entonces se desató el caos. Más pavesas cayeron en la parte protegida y se avivaron atraídas por el fuego principal. A la cabeza se escuchaban como truenos los hachazos de *Toro* que ignoraba las nuevas órdenes. Los focos se propagaron con rapidez, y cuando se aproximaron al incendio original crearon un túnel incandescente que se dirigió hacia él con un estruendo aterrador. Todo se volvió rojo y amarillo.

- ¡Salid echando hostias! -rugió Durán mientras corría hacia el lado equivocado con expresión fúnebre.

Los hachazos cesaron. *Toro* se giró alertado por el zumbido que se acercaba por su espalda justo cuando una llamarada le golpeaba en la cara cegándole. Durán llegó a su lado y el humo les envolvió a ambos. Nosotros corrimos mientras oíamos los gritos de *Toro* que se cagaba en Dios y en todos los santos.

Confieso que pasé mucho miedo. Por mí y por ellos. Pero en aquel momento sólo pensábamos en huir empujados por las órdenes de Luis Durán que nos gritaba desde la niebla. Tan sólo *el Abuelo* le desobedeció, y también a él se lo tragó el monstruo. Lo dejamos colocándose las protecciones con dedos nerviosos que no acertaban. El humo caliente nos rascaba en la garganta hasta la náusea. Durante unos segundos terribles no escuchamos nada. Llegamos al área segura y esperamos frente a un verdadero volcán. Nadie respiraba.

Nunca olvidaré el espectáculo de *Toro* sacado del infierno por *el Abuelo* y Durán; el enemigo a la espalda y ellos a trompicones con porte grotesco. Constantemente caían de bruces. Ese acto encontró un puesto de honor en el conjunto de leyendas que alimentaban el folclore de la base, y más tarde se les retrataría muy dignos y valientes. Pero entonces llegaron escupiendo, entre toses, lágrimas y arcadas. Aunque prácticamente ilesos. Desenfundamos las cantimploras todos a la vez y la poca agua que nos quedaba se ofreció sin miramientos para la cura del *Toro*. Nos arremolinamos alrededor. Durán le limpió el ojo con lo que encontró en su botiquín y luego lo tapó con una gasa y le envolvió la cabeza con vendas.

Después dejó que recuperásemos el aliento mientras informaba al puesto de mando de que nuestro flanco se había desmadrado y amenazaba el pueblo de S. Juan.

Me quedé un buen rato viendo cómo ardían mis tierras. El fuego no deja de ser un espectáculo que hipnotiza, quizá por lo cruel de su belleza. Así repasé los recorridos del humo en sus idas y venidas, la estela de cenizas, piedras que rodando arrastraban a otras en pequeñas avalanchas, y contemplé al *Roble de los Cotos* transformado en horno con un rojo más caliente que el de los demás árboles. Aquella vez di gracias porque lo peor de todo sólo había sido un ojo malparado, y sentí una honda y dulce admiración, pues ninguno de mis compañeros se atrevió jamás a culparme por lo que había sucedido. Ni tan siquiera *Nano*.

No obstante me avergüenzo siempre que recuerdo lo que vino después. En el pueblo se habían pasado toda la tarde con el corazón en un puño por aquel brillo incandescente que se acercaba a sus hogares, ignorantes de los medios que actuaban o de qué se hacía por salvarles. Ahora que caían las sombras el centelleo era más claro y parecía muy cercano. Se lo comía todo hacia ellos. En cuanto nos vieron llegar a la plaza muchos nervios se quebraron y la rabia contenida se dirigió hacia nosotros. Algunos nos increparon; nos

preguntaban dónde habíamos estado toda la tarde y por qué no les habíamos ayudado a defender esta nave o aquel establo. Se escucharon acusaciones de *gandules*. Lo peor eran las abuelas histéricas que chillaban cosas que nadie entendía. Se repasaron los viejos mitos: que son las brigadas las que queman, que lo hacen para cobrar más dinero. Y Durán impasible nos decía que mantuviésemos la fila, que respetásemos la distancia de seguridad, y nos guiaba hacia la fuente con los puños apretados.

Esa noche la pasamos defendiendo el pueblo que nos odiaba con los retenes que acudían hacia el nuevo puesto de mando. Por fin alguien se acordó de la intendencia y nos repartieron bocadillos a eso de las once. De chorizo y de anchoas. Nos hizo gracia; lo mejor para la sed. Durán cogió el suyo como ejemplo y nos ordenó que los comiésemos en algún sitio oculto, lejos de miradas, pues la prensa abarrotaba la plaza y no quería que nos filmasen descansando. Para nuestro asombro, se repartió agua mineral a todo el periodista que lo deseó.

Creo que fue ese incendio lo que convenció a los jefes de que había que prolongar nuestros contratos más allá del mes. Faltaban pocos días para el fin de la campaña, pero la escasez de lluvias hacía políticamente incorrecta la decisión de que acabase. Nos prorrogaron quince días. Desgraciadamente, el cinco de octubre llovió, y esas cuatro gotas cambiaron la idea de la mente de los jefes y los contratos se revocaron precipitadamente. Nos fuimos al paro. Algunos, como *el Abuelo*, habían renunciado a tratos de compra y venta de ganado que les aliviarían el otoño por la inversión de este contrato, y al final perdieron ambos. No era el primer año que pasaba ni sería el último.

El día de entrega de material yo estaba furioso. El ambiente general era de indignación, pero nadie hablaba de hacer algo al respecto más que yo, el novato. Les hablé de huelga y se rieron, de manifiestos en la televisión y en los periódicos y se mostraron condescendientes: *Ahora es cuando nos olvidan*, me explicaron, y tuve que rendirme a sus razones.

Como último intento decidí una confesión improvisada con Durán.

Lo encontré haciendo inventario entre equipos usados listos para su devolución. Le solté a bocajarro mi rabia y mis dudas sobre si merecía la pena que trabajásemos en esto o si no sería mejor que al inicio de la próxima campaña los políticos no tuvieran a nadie que les sofocase los fuegos. Él me escuchó paciente, aún fiel a su papel de padre a pesar de que

su contrato agonizaba, y luego me soltó la única verdad que conocía y que daba sentido a ese oficio tan extraño.

- El monte no tiene la culpa de nada –dijo, sereno- Y siempre paga él las consecuencias. Si no le protegemos nosotros ¿quién le queda?

Con eso se acabaron mis protestas.

No he vuelto a saber nada de Durán, ni del *Abuelo*, ni de los otros; pero siempre que puedo vuelvo a las cenizas y revivo la historia. Ya no juego junto al *Roble*, pero me siento a su lado y le hablo de hombres humildes que actuaron como héroes, aunque medito esa palabra y me desprecio al pronunciarla, pues reconozco que está maldita.

El Roble de los Cotos tiene un hijo ahora. Brotó hace poco tras las lluvias, y tan sólo son dos hojas que salen de un pequeño tallo, pero quien sabe; quizá algún día sea un gigante.

Fernando Martín Correa
En Toledo, inicio del 2006